mi parte. No tomo más, y arrojé violentamente la botella que se hizo mil astillas en el suelo, poniéndome erguido y mirándolo de frente.

Quedose un largo rato también él sin movimiento y clavando sus ojos en los míos, no sé si sorprendido de mi audacia, ó deliberando lo que hubiera de hacer en aquella eventualidad, para él, inesperada, hasta que al fin prorrumpió con sonsonete de satisfacción y aplauso:

—Así me cuadran los hombres!....que saben morirse sin rajarse.

La divina Providencia me había salvado esta vez, como otras muchas de mi vida, porque nadie habría escapado en mi lugar, de haber sido hecho trizas, ó por lo menos befado y estrujado por aquella fiera que contaba en su hoja de servicios con más de cien proezas de este y otros tipos, terminadas en horrores y matanzas, y aun por motivos más fútiles, ó por el simple cálculo de hacerse temer y renombrar entre amigos y enemigos.

Sea que hubiera temido disgustar al Jefe, maltratando á uno que bien podía ser amigo de *la Casa*, puesto que andaba en compañia de uno de sus factores, ó sea que mi actitud le inspirara algún respeto y simpatía, ó por cualquier otro motivo, aquel hombre cambiose de momento y de manera, que nos dejó libre el paso, y vuelto yo del aturdimiento que aquel brusco cambio me causara, y que no había sentido en el peligro, di gracias á Dios que me había librado en aquel lance, como yo no lo esperaba, pues fué un acto casi indeliberado y automático, la arrogancia y serenidad de mi comportamiento. Varias veces he tenido ocasión de convencerme que me reservaba para otros fines y pruebas más duras tal vez, en el curso de mi vida, y que juega con el corazón de los mortales, repitiendo cuando le place, el episodio de Daniel en la cueva de los leones, ó el de Ester y Asuero.

III.

LOZADA.

Dábase por muy valido en Tepic que este célebre bandolero, adherido después al partido conservador, era hijo natural de un hacendado y de una moza india de sus rancherías, lo cual explica que fuera el hombre, ladino y astuto como los mestizos de nuestra plebe, y muy zorro, reservado y camastrón como los macuaches ó indios de raza pura, y eso también da la clave de la facilidad que tuvo para escapar de las uñas de la policia, en sus primeras hazañas de depredación y asesinato, hasta ir adquiriendo experiencia y ejercicio en mañas y arterías para seguir ese camino impunemente, por tan largo tiempo.

Las aciagas complicaciones de nuestras disidencias políticas y guerras de religión, cooperaron á la elevación de memorables bandidos, que aunque fueran de muy baja extracción y sin elementos para haberse encumbrado en otra época, se arrimaban á uno de los bandos que les cubría con su nombre, ó los mismos partidarios los llamaban y se apoyaban en ellos disimulándoles y aun excitándolos al desorden y crueldades. Así se elevaron Rojas, Simón Gutiérrez, Pueblita, Julio García &, que en otros tiempos y circunstancias habrían acabado en un pa-

tíbulo, ó por lo menos en la obscuridad de un infecto rincón de alcaicería.

Lozada fué el más prominente de esos bravos que, aunque ignorante y analfabeta, si no se hubiera encanallado por completo en su vida doméstica, tenía estofa para llegar en nuestras revueltas hasta la silla presidencial, como Guerrero, Juárez y algún otro, pero no trepó tan alto, porque afortunadamente fracasó en la mojonera y no entró á Guadalajara en 73, La divina Providencia se apiadó de la ciudad que las hordas de aquel habrían llevado á sangre fuego y orgías salvajes como trataron á Santiago Ixcuintla en 56; y esto debido sin duda á las oraciones de las personas virtuosas y santas que moraban en su recinto y que desarman la cólera divina, pues medió una serie de inexplicables *casualidades*, que no pueden ser, sino providenciales ó verdaderos milagros que la salvaron de esa chusma.

En primer lugar, Gorjón jefe político del 12.° cantón, supo *por casualidad*, aunque con pocas horas de anticipación, que se acercaba un gran grupo armado, que imaginóse tener sólo por objeto caer y robar á Tequila, é improvisó una defensa, obstruyendo el paso del cerro que es casi inexpugnable, y dió parte al gobierno, pidiendo auxilio; pero á poco, que rectificó la noticia respecto á la clase de invasión de que se trataba, recibió orden de resistir hasta el último extremo, con lo cual detuvo á Lozada dos días, porque éste no traía artillería gruesa, y entre tanto, la guarnición de Guadalajara que había entrado en la mayor consternación y pavor, se previno cuanto pudo para simular resistencia, mientras se disponían y ausentaban por otro lado, los altos funcionarios

del Estado, con las personas más comprometidas, pues no había municiones y las armas, equipos y todo, estaba en pésimo estado.

En segundo lugar, la noche antes de la batalla, destacó Lozada á D. Plácido Vega con una fuerza regular para que ocupara la ciudad. y éste, tocado de ceguera, creyó que estaba guarnecida y se detuvo en la garita del Carmen, cuando no había más que una guardia de particulares bajo la dirección de D. Antonio Chávez, que vigilaba en los Portales y cuidaba de los presos de la Penitenciaría, pero dispuesta á acatar las órdenes del primero que se presentara.

En tercer lugar, Corona fué vencido en la Mojonera, como lo había sido en muchos de los encuentros que había tenido con Lozada, quemando sus últimos cartuchos de cañón, envueltos en los paños de sol de sus soldados, porque los tiros estaban apolillados y rotos, y se incendiaban al tratar de introducirlos en las piezas. En seguida la caballería Lozadeña lo arrolló por completo, como si la Providencia hubiese querido patentizar que la salvación de Guadalajara no se debería al esfuerzo humano, pues Corona tuvo que retirarse con unos pocos, picado y hostigado por Domingo Nava en todo el camino por Zapopan, hasta llegar á Guadalajara. donde se dirigió á la casa del canónigo Verdía, en que había dejado oculta á su frmilia, como en un asilo que respetaría el enemigo cuyo lema era RELIGION. Allí supo poco á poco, que Lozada había retrocedido con toda su fuerza, abandonando el campo, y que él (Corona) había sido el vencedor y podía re ogerlo.

El cacique, engañado por Vega, que también se había retirado, creyó que Guadalajara estaba prevenida y fortificada, y como sus chusmas no tenían ya víveres por la detención de Tequila, (Los indios salían á campaña con un morral á la espalda en que portaban el maiz tostado con que se alimentaban determinado número de días, el cual consumido, retrocedían hasta llegar á donde pudieran reponerlo) se retiró con el grueso de su ejército, mandando orden á Nava para que cejara y le siguiera á retaguardia.

De aquí párte el derrumbe desastroso de este formidable reyezuelo, que de seguida abrumó el Gobierno cargándole todas sus fuerzas y elementos, valiéndose de cohechos y felonías y evplotando sus bajas y groseras pasiones.

Pero Lozada en 65, estaba en el apogeo de su gloria y poder, era todo un general de división, es decir, un mariscal del Imperio; si bien tenía la modestia y el buen sentido de no gastar charreteras ni tricornio emplumado á pesar de no ser *republicano*, aunque se daba terrorífica importancia con su ajuar de charro todo plateado y galoneado, haciéndose seguir por las calles de dos ó tres de sus más fieros sayones, además de su secretario, y en las pequeñas temporadas que pernoctaba en la capital del Nayarít se le dedicaban festejos y le rendían serviles homenajes, la guarnición de la plaza, las autoridades y funcionarios, los cuales sólo de nombre dependían del gobierno imperial, pues él los ponía y quitaba á su antojo, sin consultar á nadie.

Unicamente desdeñaba imponer á los individuos del Ayuntamiento, que por no disfrutar sueldo, su

puesto no es envidiado, viéndose mejor como un cargo concejil. En las elecciones municipales de ese año, tuve la sorpresa de saber que había sido elegido regidor, y no obstante que hice gestiones para evadir el nombramiento, porque repugnaba incorporarme de cualquiera manera á la mesnada del Tigre, y mucho más en la intervención extranjera, no me fue aceptada mi renuncia, significándome el Prefecto que al insistir en mi empeño, se me tendría como enemigo de la administración y cuando menos, no podría seguir residiendo en la comprensión del departamento, si no es que se me siguiera otro perjuicio más serio.

Como por otra parte, aquel cargo no se rozaba con la política activa, ni teníamos que ver nada con el *Cuartel General* (con esta palabra se designaba á Lozada) para nuestras humildes funciones, me resigné á desempeñarlo, escogiendo, al efecto, las comisiones, más ajenas á la política, como la de diversiones públicas.

Impulsado y secundado por varios amigos entusiastas y extraños también á la política, inicié el proyecto de reconstruir el teatro que había sido arrasado hacía tiempo, por un incendio, quedando reducido á un montón de escombros y letrina pública. Formóse una compañía por acciones, con que reunimos un pequeño fondo, encargándose Gabriel Castaños de la construcción y dirección de la obra, casi gratuitamente, como ingeniero muy entendido que era, acabado de llegar de Bélgica, donde había hecho sus estudios y adquirido el título.

Terminada la obra con miles de esfuerzos y trabajos, por que el dinero escaseaba á cada paso, y

los elementos y materiales de que se podía disponer en Tepic eran muy limitados, inauguramos el coliseo con la mayor pompa y solemnidad que fué posible, en una velada literaria, en que el que esto refiere, pronunció el discurso de apertura.

Se solicitó y contrató en seguida, una compañía de recitado que actuaba en Mazatlán y que era de lo mejor á que podía aspirar una población de orden tan inferior como la nuestra; pero á fuerza de verba, de bombo y sugestiones de todo género, lográbamos tener *casa llena*, las más veces.

Por mi parte, había mandado decorar mi palco de privativo, con alfombra, colgaduras & y dos elegantes sillones nada más, para invitar solamente á alguna persona de respeto que me acompañase en la presidencia, presentándome yo siempre de frac, guante y corbata blanca para dar lustre á las funciones y atraer de todos los modos imaginables la mayor concurrencia posible, no sólo del recinto de Tepic, sino de los pueblos vecinos.

Pero los independientes habíamos contado sin la huéspeda, porque la camarilla oficial de la administración, seguida por esa masa incolora de negociantes, agricultores, industriales & que está siempre á disposición del que manda, sea quien fuere, arregló que se diera una función dedicada á Su Excelencia, y le pusieron un propio á su residencia de San Luis, invitándolo con toda instancia y las fórmulas del más rendido vasallaje y adulación, á honrarla con su soberana presencia.

Yo había estado ausente algunos días de la capital con motivo de un negocio profesional, y no había tenido ocasión de saber aquella ocurrencia, hasta la última hora, ni mucho menos que Su Excelencia iría precisamente á mi platea para presidir el espectáculo en mi compañía. Con más esmero que de ordinario aunque algo inquieto é indeciso, acabé mis preparativos para asistir á la función y me dirigí con toda prisa al teatro, para no faltar ni un minuto, haciendo esperar á la concurrencia; pero muy ajeno de lo que iba á suceder.

El patio, las plateas y galerías, estaban llenas, de espectadores; señoras y señoritas lucían elegantes trajes, y primorosas alhajas, que en aquel lugar abundan y son muy ricas debido á la tradicional y, antes, opulentísima aristocracia de origen composteleño que arranca desde los primeros conquistadores, aliados con las hijas de Doña Leonor, la reina de Jalisco. (1) Se habían multiplicado las luces y adornado la glorieta y palcos con festones y cortinajes, en artísticas combinaciones. La orquesta moduló la obertura de Norma, y dada la hora indicada por los programas, el telón no se levantaba, esperando sin duda la llegada de Su Excelencia; pero inmediatamente hice taasmitir la orden, so pena de multa, para que la representación principiara.

Estaba ya muy adelantado el acto, cuando sentí rumor por mi espalda y chasquido de espadas qne chocaban en el piso, hasta que al soslayo vi llegar un individuo, de baja estatura vestido de pantalone-

1. Fué bautizada con ese nombre, y como el cetro pasaba por la línea femenina *para que hubiera seguridad en la sucesión*, los españoles más encopetados solicitaban con empeño la mano de estas ricas hembras, y sus descendientes fueron perdiendo cada vez más, el tipo indígena.

ra plateada, chaqueta y pistola al cinto, que ocupó el sillón á mi lado, pues había sospechado lo que pasaba y no quise darme por entendido de la recepción.

Por el contrario, tomé mi sombrero y abrigo, y sin saludar ni gesto alguno, salí del palco, dejando en él á otros dos charros y á un oficial de uniforme, de pie, tras los dos asientos. Nadie me detuvo ni me dijo una palabra hasta que llegué á mi casa.

A pocos días estuvo á visitarme mi amigo y pariente, D. Pascual García, persona fina, caballerosa, de posición social muy independiente y que, aunque no tenía liga con aquel orden de cosas, era muy amigo de la casa de Barron. Hablome al principio de algún pequeño negocio y luego de asuntos indiferentes, hasta que el giro de la conversación fué á dar, como naturalmente y sin intención, á lo que había pasado últimamente en el teatro. Aprobó y aun aplaudió mi conducta, manifestando admiración de que me hubiese expuesto á un contratiempo por ser consecuente con mis ideas y sostener mi dignidad, hasta que, con motivo de no sé qué frase, me dijo en tono resuelto y ya sin rodeos, que se había valido de él, un amigo, como de persona que me trataba con confianza, para explorar mi ánimo, á ver si yo aceptaría el nombramiento de Prefecto politico, que Lozada estaba dispuesto á conferirme, pues aunque al principio se habia amostazado mucho por mi arrogancia y desplante, reflexionando, habia elogiado mi caracter, diciendo á los que lo instigaban á maltratarme que *asi le agradaban los hombres*, que él los necesitaba de ese temple, y que ojalá yo me hiciese de su partido, para lo cual debía atraérseme por bien,

y que al afecto, se me ofreciera el primer puesto de su administración política.

Aquella revelación, en vez de halagarme me llenó de zozobra y desagrado, pues consideré desde luego, al rehusar, me echaba encima una enemistad mortal; pero evocando todas mis fuerzas y energia, dije á D. Pascual que manifestara que no podia aceptar, presentando mis excusas de que no me creia capaz por mi poca experiencia &. para desempeñar aquel puesto, si bien le rogaba, no expresara que me había hablado sobre el asunto con toda claridad, sino sólo de un modo hipotético, pero que él había comprendido la disposición de mi ánimo, sin necesidad de hacerme proposición en forma, á fin de que no se tomara mi resolución como desaire ó como una protesta de ser enemigo de la administración.

Algunos bandidos salidos de la clase ínfima del pueblo, suelen tener partidas y razgos que no alcanzan los politicastros de oficio. La casualidad, iba á decir, la Providencia despeñó después á aquel magnate hasta volverlo á su miserable condición primitiva y permitió se elevaran otros iguales ó peores que él, que todavía en los tiempos de Lerdo le hicieron la corte y fueron á San Luis de Lozada á implorar su protección y alianza, que él desdeñó.

IV.

La Intervención.

Sea lo que fuere, los franceses no llegaron á enseñorearse de Tepic, ó mejor dicho, no se estacionaron allí tropas francesas, ni alguno de su nacionalidad ejerció el mando, lo cual hizo menos odioso el dominio del culebrón que lo estorbaba.

Yo seguí en mi puesto de munícipe, aunque no dejaban de escapárseme algunas burlas y manifestaciones de desafecto al gobierno de Su Magestad, como sucedió, por ejemplo, en una asistencia oficial para solemnizar la Indepencia. Tenía yo un hermoso perro, juguetón y travieso que me había seguido inadvertidamente hasta el foro del teatro, donde comenzó á corretear y dar saltos entre los empingorotados funcionarios, y me vi precisado á sacarlo de allí para hacerlo salir, llamándolo por su nombre que era *Maximiliano*, lo cual provocó sofocada hilaridod entre los concurrentes D. Manuel Rivas, que era el Prefecto político y presidía la festividad, creyó de su deber amonestarme por aquella pública falta de respeto al monarca, y yo le manifesté con afectada cortesía, que aquel perro era de raza regia, *king Charles*, por cuyo motivo sin duda, el primitivo dueño, le había puesto ese nombre, que

yo no había podido cambiarle después, porque el animal estaba emperrado con aquel título y no quería entender de otra manera.

Con esto, la hilaridad cundió haciéndose estrepitosa, por el patio y galerías, sazonada con aplausos y voces de aprobación, que interrumpieron largo tiempo el órden, porque mi *king Charles* fué ovacionado por todo el coliseo, resultando una verdadera cencerrada al Imperio.

El año de 66, cuando á ese orden de cosas se le vino el mundo encima, no ciertamente por los esfuerzos de los liberales (que muchos se habían pasado á figurar en él, y los demás, con raras excepciones, no sacaban la cabeza por el territorio nacional,) sino por la disposición de los Edos. Unidos, Lozada se declaró neutral, en espera, decía en su manifiesto, de los acontecimientos futuros que aclararan la voluntad de la Nación, y las fuerzas francesas que habían ocupado á Sonora y Sinaloa, como todas las demás que invadían el país, tuvieron que concentrarse, para salir de Méjico en el plazo que se les había señalado. Desembarcaron en San Blas y pidieron permiso á Lozada ó le notificaron cortézmente que tendrían que atravesar el territorio de su jurisdicción. No conozco las comunicaciones que mediaron, pero parece que el Indio manifestó no oponerse, oomo no se opuso después al paso de Corona, imponiéndo únicamente la condición ó haciéndoles la advertencia de que las tropas no se alojaran en el interior de la población para evitar conflictos y disgustos, como cuando pasaron en 64, y marcándoles el camino que habían de seguir.

Eran cosa de dos mil franceses y argelinos

que se instalaron, parte en el convento de la Cruz que está en las afueras del caserío, y el resto en las lomas y llanos adyacentes, no sin rodearse de precauciones con guardias y centinelas y abocando artillería hacia el poblado, como si se tratara de establecer un sitio. En Tepic no habían quedado sino algunos guardas mnnicipales y policías, porque el desconfiado cacique se había llevado su gente de guerra, en previsión tal vez de alguna dificultad ó sorpresa, dejándonos á la merced de los pintorescos y fachendosos huéspedes. Pasaron allí unos tres ó cuatro dias proveyéndose de víveres, pasturas, acémilas & para hacer sn travesía por los despoblados y montañas que tenían que cruzar hasta llegar á Guadalajara; y entre tanto, por las noches, solían descolgarse algunos soldados y oficiales sueltos, en busca de chichisbeos y parrandas en que satisfacer sus lúbricos y desvergonzados apetitos de erotismo brutal. En la segunda ó tercera noche de su permanencia, parece que habían arreglado una especie de bacanal, con gente, del mismo calibre y de rompe y razga, que es la que se presta ó simula prestarse á secundar esas orgías. Los cupidos se excedían en la bebida llegando sin duda, al estado de locura y postración, y sea que haya habido camorra, ó solamente por patriotismo y mala disposición de aquella gentuza contra los invasores, dieron cuenta con tres ó cuatro de ellos, que aparecieron otro día muertos á navajazos, tirados en puntos distantes de donde probablemente habían pasado los sucesos.

El hecho llegó á conocimiento del jefe francés, que entró en violenta excitacion de soberbia y cólera y mandó al Ayuntamiento una grosera y tronan-

te comunicación en que significaba que si, para las doce del día no se le entregaban los autóres y responsables del delito, él procedería á tomar satisfacción ahorcando á doble número de los principales vecinos de la ciudad en los fresnos de la plaza de armas

Por más que aquello pareciese una fanfarronada, una especie de conminación *ad terrorem* para descubrir á los culpables, se convocó á toda priesa al cuerpo municipal, que acordó nombrar una comisión para que se acercara con dicho jefe á darle una satisfacción ó explicación de lo sucedido, y que pusiera el negocio en conocimiento de Lozada; procurando se interesara y tomara parte en nuestra defensa.

Fuimos nombrados para desempeñar esta comisión, D. Fernando de los Rios que se preciaba de mantener buenas relaciones con el *Amo*, y el que esto escribe, en atención á que se expresaba en frances con alguna facilidad; é inmediatamente nos dirigimos al hotel de «La Bola de Oro,» donde estaba alojado el comandante de las fuerzas transeuntes, con su estado mayor y un retén de treinta ó cuarenta hombres.

Despues de algun tiempo de ser anunciados por un edecán, salió á recibirnos al corredor que da á la plaza, delante de varias personas que allí se encontraban, y sentándose con altanera y despreciativa arrogancia, sin ofrecernos asiento, hízonos una mueca de interrogación, á lo cual, tomando yo la palabra, comencé por decirle que la policía y la autoridad judicial se ocupaban con todo empeño, en investigar el paradero de los culpables de los homicidios, que la ciudad lamentaba hondamente, para aplicar-

les el condigno castigo; pero que la desgracia traería su origen de la inprudencia de los occisos, tanto por haber penetrado en la población, contrariando el acuerdo que se había tenido sobre el alojamiento de las tropas, como por los desórdenes á que se habían entregado con gente de la más baja ralea. El me interrumpió diciendo:

—Ah! Conque habeis matado á mis hombres por haberse atrevido á dar un paseo en la ciudad sin vuestro permiso! Yo os lo pediré colgando doble número de los vuestros.

—Nada de eso, Señor; os hago esta manifestación solamente para que os convenzais de que no es responsable solidariamente el vecindario, de la triste ocurrencia, pues si la autoridad hubiese tenido conocimiento á tiempo de que vuestros soldados deseaban pasear por la ciudad, habría dado órdenes para que hubiese sido vigilada su seguridad por la policía y para que se les advirtiese de los peligros á que podrían exponerse penetrando en ciertos lugares.

—Eso no me satisface. Si no se me entrega á los criminales antes de medio día, cumpliré lo que tengo dicho.

—Señor, los procedimientos judiciales no pueden caminar con tanta rapidez, hasta poner la causa en únas cuantas horas, en estado de declarar quienes fueron los culpables y aplicarles la pena que merezcan; si bien, se está trabajando con toda la actividad posible.

Pero el francés apenas me dejaba hablar, interrumpiéndome á cada frase con la intimación de

mandar suspender de los árboles de la plaza de armas, doble número de víctimas, y acompañando sus palabras con gesticulaciones y gritos descompasados; y como entre tanto que estas cosas pasaban, se había reunido gran multitud en la calle adyacente, ansiosa por saber el resultado de nuestra embajada, por que se había difundido rápidamente la noticia de la ocurrencia por todas partes, y hacían ruido, daban voces y preguntaban lo que sucedía al ver desde lejos la mímica del francés, exaltado éste, que no entendía lo que decian, creyó que lo burlaban ó amenazaban, exclamó:

—Si no manda Ud. retirar en el acto toda esa canalla, les arrojaré vuestra cabeza por encima de la barandilla.

Me revestí de serenidad y sin mostrar turbación, le dije que las voces de los que estaban abajo no significaban amenaza ni falta de respeto á su honorabilidad, y que en nuestro propósito, al ir á hablarle y darle explicación y satisfacción por lo sucedido, pidiéndole tansolo un plazo prudente, no había entrado la más mínima idea de amenazarlo ó injuriarlo, y que por lo mismo, no habíamos sospechado siquiera que peligraba nuestra vida, desempeñando aquella pacífica comisión.

Pero las voces mezcladas con silbidos seguían, y el gabacho cada vez más sobrexcitado, profería gritos y juramentos, acompañados de señas conminatorias é incorrectas. Ríos se había retirado á la barandilla, procurando satisfacer la curiosidad de los que le interrogaban pidiéndole informes, y yo, notando que nuestra actitud humilde y suplicante nos

daba un resultado contraproducente, cambié de tono, diciendole.

—Podeis hacer de nosotros lo que querais, ya que hemos tenido la debilidad de creer que escucharíais la razón, y hemos venido á entregarnos en vuestras manos; pero os aseguro que las voces de afuera no son hostiles; aunque si tocais un solo pelo de nuestra cabeza, no respondo de lo que sucederá; tal vez ningqno de vosotros salga de aquí con vida. (Había mejicanos en el mismo corredor en que teníamos la conferencia, y muchos también en el patio del hotel.)

—Mis soldados reducirán á cenízas en un momento, vuestro insolente villorio (*hameau.*)

—En los alrrededores hay competentes fuerzas mejicanas para atacar vuestras posiciones y en todo caso, no saldríais muy bien librados por entre nuestras montañas y barrancas, donde pagaríais muy caro vuestro capricho, porque es un verdadero capricho, una exigencia imposible de satisfacer, el que en un momento se descubran y pongan en vuestro poder los delincuentes; mientras que nosotros seríamos unos miserables cobardes y criminales, entregandoos para que los ejecutarais, á cualesquiera inocentes ó personas que no fueran los verdaderos autores del delito. Sois un hombre ilustrado y no podeis menos de saber que un proceso no se instruye y termina en unas cuantas horas.....Permitidme por de pronto, calmar á la multitud, manifestándole que estamos á punto de entendernos.

Y como no me dijera ni si, ni no, aproveché aquellos momentos de indecisión ó perplejipad para inclinarme sobre el balaustrado y rogar á los amigos

que estaban abajo, trataran de llevarse á la gente, no tanto por el peligro que los de la comisión corriamos, sino porque amenazaba una hecatombe, pues que los soldados del hotel iban á hacer fuego sobre los que no se retiraran inmediatamente.

El pueblo comenzó á irse por diversas direcciones. El francés se calmó. Nosotros nos despedimos bajo la promesa de entregar á los culpables al día siguiente, que creíamos concluiría el proceso; aunque todo quedó en promesa, porque al día siguiente los franceses levantaron su campo.

V.

D. Benito Juárez.

Voy á consignar aquí un rasgo, ó más bien dicho, un hecho histórico muy significativo, concerniente á este personaje que ha sido tan aechado y discutido por todos los partidos políticos de nuestra patria, sin haberse logrado aún, poner en claro su verdadera condición y valía, por las diversas exigencias de la pasión y el pique y despique de tirios y troyanos.

Podría referir además, alguna otra anécdota de diverso caracter, realmente bochornosa y que lo pone en caricatura, que me fué trasmitida por quien intervino para salvar á la víctima; si bien, difícil sería decidir qué sea más ignominioso, si el rebajarse á hacer esos rufianescos obsequios, ó el aceptarlos no tanto por incontinencia, sino por ser deferente con los sostenedores á la vez, que explotadores de la sede gestatoria, ya que las bajezas se engendran y corresponden recíprocamente, perdiéndose la libertad de negarse á ejecutar cada vez otras peores.

Por lo demás, las tunantadas de los hombres públicos, pertenecen indudablemente á la historia, porque su vida privada explica y determina su conducta oficial y cívica, sin poderse separar una de otra tan netamente, como si se tratara de dos personalidades distintas.